

RAZÓN Y FE EN SAN AGUSTÍN

FRANCISCO GALENDE, OSA

Se necesitan mutuamente y, sin embargo, vienen librando un viejo contencioso desde siglos. Razón y fe, o “*Fe y razón*” como es el título de la Carta encíclica de Juan Pablo II (14 de septiembre de 1998), parecen alternativas irreconciliables. Como si la razón se opusiera al acto de creer y la fe excluyera el pensamiento. La indiferencia religiosa de muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo, sin embargo, se asienta más sobre actitudes de despreocupación que en planteamientos intelectuales. A la pregunta “¿Cree usted en Dios?”, la escritora y novelista Ana María Matute respondía hace unos años: “*Nunca pienso en eso, la verdad. Te confieso que ando más preocupada por la falta de escuelas, el salario mínimo, la guerra del Vietnam o los suspensos de mi hijo*” (GIRONELLA, José María, *Cien españoles y Dios*, Ed. Nauta, Barcelona 1971, p. 232).

Dos son los grandes riesgos que plantea la enemistad entre la razón y la fe. El primero que no se considere razonable el hecho de creer y se vea la fe como algo propio de los intelectualmente desvalidos que necesitan un bastón supletorio de apoyo ante tantos enigmas como plantea la vida. Un segundo riesgo es que el “miedo” a la razón lleve a descansar plácidamente en una *fe por pensar*. Quizá sea esta la tarea pendiente de muchos cristianos que creen de forma irresponsable, con un cierto sentimiento de incomodidad y hasta de inferioridad, porque su fe no puede confrontarse en un diálogo sereno con la cultura de su tiempo.

“*La fe y la razón* – afirma Juan Pablo II en las líneas que abren la “*Fides et ratio*” – *son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad*”. Esta complementariedad teórica se ve con frecuencia enturbiada por una difícil relación. Hasta el punto de abrir una sima entre ambas y juzgar que son incompatibles. En san Agustín, sin embargo, fe y razón se dan la mano en su camino de búsqueda de la verdad. Por eso puede ser interesante fijar nuestra mirada en su trayectoria vital y en su pensamiento.

Toda religión se fundamenta en la FE en un Dios tal como se revela en los Libros Sagrados. Por otra parte, nadie pone en cuestión que el hombre es un ser “dotado de RAZÓN”. La razón es uno de los dones máspreciado, otorgado por el Creador al ser humano, que le diferencia de los animales y demás criaturas materiales y le sitúa por encima de ellos. Es el *ojo interior* que permite al hombre vivir su vida comprensivamente, sin ser juguete de impulsos o fuerzas ciegas que no entiende. Gracias a la razón es creativo, auto-determinante y libre.

Sin embargo, el conflicto entre razón y fe, ciencia y religión, ha sido constante en la historia de las religiones, también en la religión cristiana. Ambas –fe y razón– han tendido por sistema a desacreditarse y minusvalorarse mutuamente. Pero, siendo Dios el Autor tanto de la fe como de la razón, resulta contradictorio pensar que Él exija del hombre una *fe irracional*. La *fe ciega*, no debidamente iluminada por la luz de la razón, es una de las causas principales de la división mantenida entre las distintas creencias religiosas. Cuando los creyentes creen simplemente, porque sí, porque de

esa manera se lo han enseñado, porque eso es lo que parecen decir sus Escrituras, porque es lo que se ha creído siempre en su religión –contrarios a todo razonamiento que ponga en evidencia sus contradicciones–, no hay manera de avanzar hacia la unidad y armonía queridas por Dios entre los seres humanos.

ENTRE EL FIDEÍSMO Y EL RACIONALISMO

La Iglesia fue pionera, durante siglos, en la promoción del conocimiento humano, de la cultura y de los avances de la razón, particularmente en los monasterios y, más tarde, en las universidades. Andando el tiempo, sin embargo, y particularmente a partir del surgimiento de las ciencias positivas y tecnológicas empeñadas en un conocimiento más profundo del mundo y del hombre a través de la investigación científica, el conflicto entre fe y razón, fe y cultura, fe y progreso, se hizo dramático. Los estudiosos terminaron por romper su antigua alianza con la fe (período de “Cristiandad”), en la que encontraban mil trabas para su avance, y la fe se refugió en sí misma, despreciando, cuando no anatematizando, las conclusiones de la razón.

Aparecieron, así, dos posturas extremas: el *Racionalismo* y el *Fideísmo*. El racionalismo surge con toda su fuerza en Francia, en el siglo XVIII. Los portavoces de este movimiento afirman la total primacía de la razón como medio de conocimiento y tienden a fiarse exclusivamente de ella, incluso en cuestiones religiosas. En otras palabras, pretenden reducir la realidad y la verdad acerca de Dios, del mundo y del hombre, a lo que la razón alcanza y verifica, con abierto menosprecio de la fe.

En el otro extremo el *Fideísmo*, que aparece en el siglo XIX como reacción contra el racionalismo del XVIII. No quiere admitir otra cosa que lo que afirma la fe, eliminando de ella todo apoyo racional. Ambas posturas fueron condenadas, en 1870, por la constitución dogmática "*De fide catholica*", del Concilio Vaticano I.

El problema, sin embargo, continúa, sea en forma abierta o en la praxis inconsciente, tanto en el ámbito religioso como de la vida misma. Por una parte, son muchos los racionalistas, en nuestros días, que todo lo quieren someter a demostración y verificación, reduciendo lo humano a los *valores de la razón* y minusvalorando, por sistema, los *valores del corazón*. La fe se enmarca más en estos últimos que en los primeros y por eso es motivo de desprecio.

Por otra parte, abundan los creyentes y movimientos religiosos radicalmente *anti*-intelectualistas, que prefieren mantener su fe al margen de todo cuestionamiento e iluminación racional. Son, por sistema, alérgicos a todo cambio, rectificación o avance en la comprensión de la fe que cuestione lo que se creyó y el modo de creer tradicional, y propensos a escandalizarse ante las nuevas conclusiones de la investigación bíblica y teológica. Pese a que estas conclusiones estén, con frecuencia, más de acuerdo con el espíritu de Jesucristo y su Evangelio.

SAN AGUSTÍN, UN HOMBRE QUE EVOLUCIONÓ EN SU VISIÓN DE COSAS

Cuando nos preguntamos qué dice san Agustín sobre determinado tema y leemos sus escritos, nos encontramos, muchas veces, con expresiones que se contradicen entre sí. Esto tiene una clara explicación: San Agustín fue un buscador afanoso de la verdad de Dios, del hombre y de las cosas. Un buscador incesante que va descubriendo nuevas luces que le llevan a rectificar lo que había pensado anteriormente. Un ejemplo concreto de esta evolución es precisamente el tema de la relación entre fe y razón.

Por ser una personalidad permeable al cambio, no conocemos el verdadero pensamiento de Agustín durante las etapas intermedias de su reflexión, sino al final. En muchos aspectos no pensó igual cuando tenía cuarenta años que cuando pasó de los sesenta. Exponente de este progreso gradual en el pensar, son dos de sus obras: En las *Confesiones* revisa y enmienda la primera etapa de su vida, la que precedió a su conversión. Y ya anciano (unos cuatro años antes de morir) escribe las *Retractaciones*, en las que rectifica muchas de las cosas que escribió a lo largo de su vida y con las que ya no está de acuerdo.

Al exponer aquí lo que Agustín piensa y afirma sobre la relación entre fe y razón, no podemos olvidar esta evolución, que pasa por cuatro etapas sucesivas, cada una de las cuales supera y deja atrás lo pensado y afirmado en las precedentes.

I^a ETAPA: AGUSTÍN RACIONALISTA

Muchos cristianos apenas conocen de Agustín de Hipona algo más que fue un *santo pecador*. Vivió, en efecto, una larga juventud –hasta los treinta y tres años en que se convirtió–, muy parecida a la de muchos jóvenes de nuestro tiempo, incluso cristianos: amante de las comodidades, deseoso de éxito y prestigio, fiel a su pandilla de amigos, hicieran lo que hicieran, apasionado por las diversiones, los espectáculos y los placeres, particularmente del sexo, y alejado de lo religioso. Pero le caracterizó siempre una nota que no comparten todos los jóvenes: fue siempre un joven inquieto, insatisfecho de sí mismo y buscador de algo más auténtico y mejor.

Toda su juventud fue, en realidad, una búsqueda. La llamó él “búsqueda de la sabiduría y de la verdad”, y quiso comprometer a sus amigos en el mismo afán. Quería encontrar un verdadero sentido a su vida y vivirla sabia e inteligentemente, convencido de que la mayoría y, también él mismo, la vivían neciamente. Inició su búsqueda a través del estudio de los grandes filósofos latinos y griegos; es decir, con la luz de la *razón*.

Esta búsqueda no fue inútil, aunque descubrirá, al final, que no es suficiente. Le entusiasmó, por ejemplo, una obra de Cicerón titulada “*Hortensio*”. Este libro le movió a pensar en valores más altos que aquellos en que estaba centrando su vida, y afirma: “Su lectura realizó un cambio en mi mundo afectivo. También encaminó mis oraciones hacia Ti, Señor, e hizo que mis proyectos y deseos fueran otros. De golpe, todas mis expectativas de frivolidad perdieron valor, y con increíble ardor de mi corazón ansiaba la inmortalidad de la sabiduría” (*Confesiones* 3, 4,7). Pero al fin, Agustín reconoce que, aunque este libro era elevado y bien escrito, no acabó de entusiasmarle del todo.

Agustín vivía alejado de la práctica religiosa. Sin embargo, confiesa que en el fondo recordaba con añoranza las enseñanzas cristianas que había

mamado su corazón con la leche de su madre, y le decepcionaba no encontrar el nombre de Cristo en la lectura de los sabios clásicos (*Ibidem* III, 4,8). Hará un intento, por ello, de leer la Biblia; pero su lenguaje simple y poco elegante, en comparación con la belleza de las obras de estos sabios, le desencantó.

Prefirió, entonces, dirigir su mirada a la religión maniquea, cuya doctrina ensalzaba la razón como único camino verdadero hacia la Verdad y combatía al cristianismo por exigir una fe sin comprensión racional. También aquí tropezó con la decepción, al comprobar la incoherencia y falta de solidez de la doctrina y de las máximas autoridades maniqueas (*Ibidem* V, 3,3ss). Buscó, igualmente, en la astrología hasta que descubrió su inconsistencia (*Confesiones* 4, 3,4-5). Y al fin, termina en un callejón sin salida y su racionalismo le aboca a un escepticismo total; es decir, a no creer ya en nada. Pero había hecho un descubrimiento importante: la sola luz de la razón era insuficiente para encontrar explicación convincente al mundo y a la vida y para vivirla con sentido. Será para él una experiencia aleccionadora.

IIª ETAPA: AGUSTÍN CREYENTE

Pese a su notable y desarrollada inteligencia, Agustín no ha logrado responderse satisfactoriamente a las grandes preguntas humanas de siempre: ¿Quién soy yo? ¿Qué sentido tiene la vida y mi vida? ¿Hacia dónde lleva? ¿Cuál es la verdad de Dios, del mundo, del hombre y de las cosas? Y es una de sus pasiones favoritas, como especialista en Oratoria –el lenguaje culto, selecto y elegante– la que le lleva de nuevo al encuentro con la Palabra Bíblica. Sabía de la fama y popularidad, como gran orador, del obispo Ambrosio de Milán, y sintió curiosidad por escucharlo, y "hacer un análisis minucioso y detallado de su elocuencia para ver si estaba a la altura de su fama, o por debajo de lo que de él se rumoreaba" (*Confesiones* 5,13, 23). Pero lo que termina llamando su atención y despertando su interés es su modo de entender y de explicar el contenido del mensaje de la Biblia.

Más tarde empieza a darse cuenta de la diferencia abismal existente entre esas verdades que encuentra en los libros neoplatónicos, de doctrina ciertamente noble y de altos valores, y la Verdad expresada en la Biblia: "La diferencia que existe entre presunción y confesión, entre los que ven adónde se debe ir pero no ven por dónde se va y el camino que lleva a la patria bienaventurada, no sólo para contemplarla, sino también para vivir en ella" (*Confesiones* 7, 20, 26). Y se entrega ávidamente a la lectura de San Pablo, que le entusiasma. "Fueron desapareciendo todos aquellos problemas en que a veces me parecía descubrir contradicciones e incoherencias entre sus palabras y el testimonio de la Ley y los Profetas. Apareció ante mis ojos la verdadera y única identidad de tus palabras castas, y aprendí a alegrarme con temblor". (*Confesiones* 7, 21,27).

Se le fue despejando el camino hasta la convicción plena de cuál era el itinerario de la Verdad que estaba buscando, si bien sus rutinas de vida, su apego a los placeres y las renunciaciones que implicaba emprender ese camino retrasarán su decisión de abrazar la fe cristiana hasta un cuarto encuentro con la Palabra Revelada en el huerto de Casiciaco (*Confesiones* 8,12, 29). Abrazada la fe, es cuando empieza a ver con claridad, cada vez más transparente, que la Verdad, por tanto tiempo buscada y no encontrada por la simple razón, se llama "Dios".

Es explicable, pues, que Agustín se apasionara por la fe como camino para conocer la Verdad, superior a la razón, en un doble sentido: Fe en la Palabra Revelada y fe en la autoridad de la Iglesia, depositaria e intérprete de esa Palabra. Fe que pasa a ocupar la primacía en su convicción de estar en el camino de la Verdad. Cinco años después de su conversión, escribe su obra "*Utilidad de la fe*", en la que no duda en hacer afirmaciones radicales, que parecen rayar en el fideísmo:

- "Confieso que ya creo en Cristo, y estoy dispuesto a abrazar como verdad todo lo que Él enseña, aun cuando no se apoye en ninguna razón" (*La utilidad de creer* 14,31).
- "No dar la primacía a la autoridad es sobradamente impío o precipitada arrogancia" (*Ibidem* 17, 35).
- "Yo no creería ni al Evangelio si no me moviese a ello la autoridad de la Iglesia Católica" (*Réplica a la carta de Manés, llamada "del Fundamento"* 5, 6).

La tesis básica de Agustín es que la fe, sin demostración racional, es indispensable en la vida ordinaria, y sin ella no se sostendrían ni la amistad, ni el amor familiar, ni las relaciones sociales. ¿Qué hijo puede demostrar y verificar que los que tiene por padres son sus padres verdaderos?

"En la vida social también se creen muchas cosas sin ser vistas. La buena voluntad del amigo no se ve, pero se cree en ella. Sin alguna fe, ni siquiera podemos tener certeza del afecto del amigo probado" (*La fe en lo que no vemos* I, título).

"Dime, por favor: ¿Cómo ves el afecto de tu amigo? Porque el afecto no puede verse con los ojos corporales. ¿Ves, por ventura, con los ojos del alma lo que pasa en el alma de otro?... La fidelidad del amigo no puedes amarla si no tienes también la fe de que te incline a creer lo que en él no ves; aunque el hombre puede engañar fingiendo amor y ocultando su mala intención" (*Ibidem* I, 2).

"¿Quién no ve la gran perturbación, la confusión espantosa que vendría si de la sociedad desapareciese la fe? Siendo invisible el amor, ¿cómo se amarán mutuamente los hombres, si nadie cree lo que no ve?" (*Ibidem* II,4).

Es ésta la etapa en que Agustín pone sus énfasis en el "*Cree para poder entender*" (*crede ut intelligas*). Esa había sido su propia experiencia: Sólo vio claro cuando empezó a creer.

Sin embargo, al defender tan calurosamente la supremacía de la fe-autoridad, sobre la razón, Agustín deja ya en claro que se está refiriendo a la primera etapa del camino hacia la Verdad; pero habrá que seguir avanzando:

"Es imposible encontrar la religión verdadera sin someterse al yugo pesado de una autoridad y sin una fe previa en aquellas verdades que más tarde se llegan a poseer y comprender, si nuestra conducta nos hace dignos de ello" (*La utilidad de creer* 9,21).

"¿Pensáis que dice cosa de poca monta quien afirma: 'Entienda yo y creeré'? ¿Qué tratamos de hacer sino que crean, no los que son

incrédulos, sino quienes aún tienen poca fe? En efecto, si nada creyesen, no estarían aquí. La fe los ha traído a escuchar... Pero es menester regar, nutrir y robustecer esa fe que ha empezado a germinar. A eso dirigimos nuestro esfuerzo” (*Sermón 43, 8*).

Por otra parte, Agustín no está defendiendo, en modo alguno, la *credulidad*, que se distingue muy bien de la fe. Todo su discurso es un intento de demostrar que partir de la fe no es algo irracional, sino que es razonable creer antes de entender; y, en este sentido, algún grado de razón precede a la fe: “Si admitimos que son cosas distintas el creer y el ser crédulos, se sigue que no hay mal alguno en creer en la religión” (*La utilidad de creer 10, 23*). “Porque la credulidad, me dices, me parece un defecto; de lo contrario no lo reprocharíamos como una afrenta... ¿Por qué, pues, se designa con el nombre ... de crédulo a quien cree a veces cosas a la ligera?... Hay gran diferencia entre el creyente y el crédulo” (*Ibidem 9, 22*).

IIIª ETAPA: AGUSTIN ILUMINADOR RACIONAL DE LA FE

La fuerza de convicción de Agustín resultaba contagiosa para los que le escuchaban. Y visto su entusiasmo por la centralidad indiscutible de la fe, para vivir la Verdad de Dios, no extraña la carta que recibió, en el año 410, de Consencio, uno de los lectores de sus libros, en la que le expresa su convicción de que la razón, y por ello el estudio y la búsqueda, son inútiles y le basta con *creer* en la autoridad de los santos. Agustín le contesta con la carta 120, en la que trata de equilibrar debidamente la importancia tanto de la fe como de la razón: “Dios nos libre de pensar que nuestra fe nos incita a no aceptar ni buscar la razón, pues no podríamos ni aun creer si no tuviésemos almas racionales” (*Carta 120, 3*).

Ahora Agustín sienta, sin titubeos, que si es cierto el “cree para poder entender”, también lo es el “entiende para creer”. Ambas cosas han de armonizarse debidamente, como ampliará en el Sermón 43, 9. En primer lugar, “es la razón la que exige que la fe preceda a la razón”. Las palabras de Isaías (7,9): “*Si no creyereis, no entenderéis*”, no es un precepto irracional, sino racional y, en este sentido, “esta razón que exige que la fe preceda a la razón..., debe ella misma preceder a la fe” (*Carta 120, 3*). Y, por otra parte, cuando ya se ha empezado a creer, ésta crecerá y se consolidará en la medida en que se ilumina con la luz de la razón (*Ibidem 120, 4*).

Precisando aún más las cosas, la meta final es la comprensión, la iluminación, la visión; la fe sólo es el camino. Y, en definitiva, la meta es siempre más importante que el camino:

- “Creemos para conocer, no conocemos para creer” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 40,9*).
- “La fe busca; el entendimiento encuentra” (*La Trinidad 15, 2, 3*).
- “La fe es el peldaño de la intelección: la fe es grado, la inteligencia es término, y la intelección es la recompensa de la fe” (*Sermón 126, 1*).
- “Nos abrimos a la fe, por la que creemos lo que no vemos, para poder ver lo que creemos” (*Sermón 127, 1*).

Por eso estancarnos en la aceptación de lo que nos dice la autoridad, sin esforzarnos en comprender, es traicionar el camino que nos conduce a la verdadera meta, que es la comprensión. Nadie debe estar satisfecho diciendo que, por la fe, ya posee la Verdad. Por el contrario, “aunque aceptemos todas estas cosas con inquebrantable fe, sin embargo, puesto que aún no tenemos su comprensión, inquiramos como si todo fuera incierto” (*El libre albedrío* 2, 2).

Fe y *razón* son, pues, para Agustín dos preciados dones de Dios que se apoyan mutuamente en nuestro camino hacia Él. Ni racionalismo ni fideísmo, sino una fe más y más iluminada, pues nuestro destino en Dios es *ver*. Y cuando nos sea dado ver a la plena luz de Dios, no tendrá ya sentido la fe: nos uniremos a su Verdad, no porque creemos, sino porque vemos.

IV^a ETAPA : AGUSTIN CONTEMPLATIVO

Todavía Agustín avanzará hacia una etapa ulterior, cuyo énfasis no está ya en el binomio *fe-razón*, que se da por supuesto, sino en la contemplación silenciosa del Dios, siempre Misterio insondable. “Sin duda callando podemos pensar algo digno de su inefabilidad. Porque lo que puede decirse no es inefable. Dios, sin embargo, es inefable” (*Sermón* 117, 5, 7).

De una actitud, en cierto modo "agresiva" hacia la realidad de Dios, intentando conquistarla, definirla, precisarla, medirla mediante la razón, pasa a una actitud respetuosa, abierta y receptiva hacia el Misterio; una actitud *contemplativa*. Es la etapa de madurez de la fe y de trascendencia de la razón. El Agustín razonador de la Verdad da paso al Agustín contemplador del Misterio. Su énfasis ahora no se refiere ya tanto a la racionalidad de la fe cuanto a la grandeza inasequible de Dios, Misterio que intuye, contempla y alaba.

Ahora empieza Agustín a hablar, no ya de comprensión de la Verdad de Dios, sino de la VISIÓN: “Si preguntas si Dios puede ser visto, respondo: Puede” (*Carta* 147, 37, año 413). Pero no mediante la “razón inferior”, cuyo objeto es la “ciencia útil de las cosas humanas” (*La Trinidad* 15, 2, 2), sino con la “razón superior”, facultad contemplativa (*Ibidem* 12, 3), superior a la anterior. En otras palabras, mediante el “Ojo del alma” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 35, 3), u “Ojo del corazón” (*La dimensión del alma* 33, 70, 76), iluminado por la luz del Verbo, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 15, 19). Aquí sitúa Agustín los tres grados superiores de ascensión espiritual: ILUMINACIÓN-VISIÓN-UNIÓN (*La dimensión del alma* 33, 70, 76).

De la “teología de la mente”, Agustín ha pasado a la “teología del corazón”: “No tendréis acceso a la Verdad, sino por la caridad” (*Réplica a Fausto, el maniqueo* 22, 18, 18). No se trata ya de entender a Dios, sino de unirse a Él, lo que conduce a la *experiencia* de Dios. Porque “de Él decimos más fácilmente lo que NO ES que lo que ES” (*Comentarios a los Salmos* 85, 12). Escribe Miguel de Unamuno: “Perdí mi fe pensando en los dogmas, en los misterios en cuanto dogmas; la recobro meditando en los misterios, en los dogmas en cuanto misterios” (*Diario íntimo*, cuaderno 4; en *Obras completas*, Ed. Escélicer, Madrid, t.8, 1966, p. 865).

De este modo ha recorrido Agustín un largo camino de ascensión a Dios, que define un itinerario espiritual en tres etapas: Creer, entender y experimentar (*credere-intelligere-sapere*), (cf. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 48,6). Y descubre, con gozo, que esta etapa última es la *Sabiduría* (“*sapere*” – “*sapientia*” = sabiduría), que él buscó desde su juventud. He aquí la síntesis del proceso:

CREER →	ENTENDER →	CONTEMPLAR
Fe-autoridad	Fe-iluminación	Fe-experiencia

Tres fases necesarias en el camino hacia la maduración de nuestra fe:

- a) fe inicial, basada en la autoridad de la Revelación y de la Iglesia;
- b) fe iluminada por la luz de la razón, a través del estudio y la formación;
- c) fe hecha vida por la contemplación de Dios. Se corresponden con el itinerario iniciado ya por las primeras comunidades cristianas: Kerigma-Catequesis-Vida cristiana.

PARA EL DIÁLOGO

- Hay, actualmente, en nuestra Iglesia dos modos diferentes, y a veces contrapuestos, de entender la fe: la de los estudiosos de la Biblia y la Teología y la de los cristianos de fe simple y poca formación. ¿Qué dificultades ves tú para que se armonicen esas visiones diferentes?
- San Agustín *cambió* a lo largo de su vida en el modo de entender la relación *fe-razón* por su constante reflexión y estudio. ¿A qué causas – crees tú– se debe que muchos se estanquen y vivan como a la defensiva frente a todo cambio?
- En nuestra fe pesa mucho la *tradicición*: lo que siempre se creyó e hizo. Sin embargo, la Iglesia ha variado su visión de las cosas a través de los tiempos. No piensa igual que en épocas pasadas en temas como la igualdad hombre-mujer, la libertad religiosa, el ecumenismo, la interpretación de muchos textos bíblicos, etc. ¿A qué se debe esta evolución? ¿Cómo la valoras?

ALGUNAS PRECISIONES SOBRE LO QUE HEMOS DE ENTENDER POR “LA RAZÓN”

Hemos hablado hasta aquí de la importancia de la fe y de la razón como medios de encuentro con Dios, Fundamento, Sentido y Meta del mundo y de la vida. Pero cuando hablamos de *la razón*, podemos entender cosas muy diversas. San Agustín, profundo observador de sí mismo, distingue, por ello, dos facultades esencialmente distintas, que llama “*razón inferior*” y “*razón superior*” (*La Trinidad* 12,3,3). Y cuando habla de la necesidad de iluminar nuestra fe con la luz de la razón, se refiere no tanto a la primera cuanto a la segunda. En expresión más actual las llamaríamos *intelecto* e *inteligencia*, respectivamente.

La razón inferior, o intelecto, es una facultad que pertenece a nuestra realidad biológica; al “*hombre exterior*”, en palabras de Agustín. Funciona según los datos suministrados por los sentidos corporales y la memoria adquirida, que almacena los conocimientos y experiencias de nuestro pasado y que el intelecto relaciona y asocia, deduciendo conclusiones. Lo compartimos con los animales, que también recuerdan, asocian y reaccionan en consecuencia. Incluso es hoy reproducible en un ordenador, capaz de almacenar datos en una potente memoria, gracias a la cual relaciona, calcula y extrae conclusiones. En el hombre y en el animal conlleva determinados sentimientos emotivos de atracción o de rechazo, según el color de los recuerdos y experiencias.

La razón superior, o inteligencia, en cambio, es de orden netamente espiritual. Constituye, dice Agustín, el “*hombre interior*” y marca nuestra diferencia con los animales. De acuerdo a la etimología de la palabra (“*intus-legere*”; *inter-legere*” = leer por dentro o entre líneas), es la facultad que nos permite percibir, no sólo las cosas inmediatas y sensibles, ni sólo a través de las imágenes, sino también el *misterio* oculto de verdad, bien, unidad y belleza que todo revela. Percibe, afirma Agustín, los valores inmutables (*La Trinidad* 12, 2,2), o razones eternas de las cosas.

Gracias a esta facultad superior, tenemos conciencia interrogativa, por la que nos preguntamos ¿quién soy?, ¿qué sentido tiene mi vida y la vida?, ¿merece la pena vivir?; cosa que ningún animal, y menos un ordenador, es capaz de hacer. Esa conciencia es iluminada por la luz del Verbo de Dios, “*que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*” (*Juan* 1, 9). Agustín la llama el “maestro Interior” que nos enseña desde dentro (cf. *El maestro* 14, 46 y *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 35,3). Esa conciencia nos transmite *la voz de Dios*. En ella, Él ha impreso, en todo ser humano, el sentido de lo bueno y de lo malo, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto; es decir, las “razones eternas de las cosas”, en expresión de Agustín (*La doctrina cristiana* 83,46,2). A ella nos referimos cuando hablamos del “sentido común”.

La *razón inferior* es una facultad activa y discursiva. Su objeto es la *ciencia*. La inteligencia, en cambio, es más bien receptiva e intuitiva. Su objeto es la *sabiduría* (*La Trinidad* 12, 14,22). Se dinamiza mediante la *atención observadora*. Aquélla nos hace fácilmente *susceptibles* debido a su carga emotiva; ésta nos hace *sensibles* hacia los más altos valores y posibilita el amor desinteresado. El drama de la historia humana radica en que el hombre ha desarrollado excesivamente la razón inferior, subordinando a los intereses de ésta la inteligencia, dando así lugar al progreso tecnológico y científico, pero no a una sociedad verdaderamente *humana*. Hemos aprendido a vivir *sagazmente*, pero no *sabiamente*. Encontraremos la sabiduría cuando sea la inteligencia la que rija todo nuestro vivir, utilizando sabiamente a la razón inferior.

En lo que se refiere a Dios, es esta facultad superior la que nos conduce a la contemplación y a la experiencia de Dios (*La Trinidad* 12, 3, título y 3-4).

Sintetizada aquí la visión agustiniana de *la razón*, expuesta con tan amplias explicaciones, sobre todo en el tratado titulado *La Trinidad*, no hace fácil transcribir citas puntuales. Sólo, a continuación, algunas de muestra.

ESCRIBE SAN AGUSTÍN

“Pertenece aún al ‘hombre exterior’ cuanto de común tenemos, en el alma, con los animales. No es sólo el cuerpo lo que constituye el hombre exterior...A él pertenecen también las imágenes, producto de nuestras sensaciones, esculpidas en la memoria, y contempladas en el recuerdo. En todo esto no nos diferenciamos del animal, sino en que nuestro cuerpo es recto y no curvado hacia la tierra” (*La Trinidad* 12,1,1).

“Es propio de la inteligencia superior juzgar de las cosas materiales según las razones incorpóreas y eternas; razones que no serían inconmutables de no estar por encima de la mente humana” (*La Trinidad* 12, 2,2).

“Si, pues, la verdadera distinción entre sabiduría y ciencia radica en referir el conocimiento intelectual de las realidades eternas a la sabiduría, y a la ciencia el conocimiento racional de las temporales, no es difícil discernir a cuál de ellas se ha de conceder la precedencia” (*La Trinidad* 12, 15,25).

“No es lo mismo tener ojos que mirar, ni mirar que ver... La razón es la mirada del alma” (*Soliloquios* 1, 5,12).

“Dios dispuso en tu cara ojos, y en tu alma la razón. Despierta al que mora dentro de tus ojos; asómese a esas ventanas y mire por ellos la creación de Dios. Porque ‘alguien’ hay que mira por los ojos” (*Sermón* 126,3).

“Antes de nada, estate despierto; ante todo, permanece atento” (*Sermón* 180,9).

“Mi interrogación era mi atención; la respuesta era su hermosura” (*Confesiones* 10, 6,9).

EN BÚSQUEDA INCESANTE DE DIOS, POR LA FE Y LA COMPRENSIÓN

Si por la fe hubiéramos encontrado plenamente a Dios, sería vana ya toda búsqueda ulterior. Una de las notas de la espiritualidad de Agustín, sin embargo, es la “*búsqueda incesante de Dios*”. Porque Dios es la Gran Meta hacia la que hemos siempre de avanzar, pero que nunca logramos alcanzar en plenitud, tanto en lo que se refiere al conocimiento como a la vivencia. Es precisamente en esta constante tensión hacia Él donde “se hace mejor el que busca tan gran Bien, encontrando lo que busca y buscando lo que encuentra. Se le busca para que sea más dulce el hallazgo; se le encuentra para buscarle con mayor avidez” (*La Trinidad* 15, 2,2). Pues, en este camino, “cuando el hombre cree acabar, entonces comienza” (*Ibidem* IX, 1,1).

No basta creer: la fe no es sino el comienzo. Hemos de seguir buscando para iluminar más y más esa fe y conocer más y mejor a Dios: “Busca la fe; encuentra el entendimiento” (*Ibidem* 15, 3,2). Nuestra búsqueda está siempre orientada por la Palabra Revelada; pero ésta necesita estudio para su debida comprensión” “Si todo lo que contiene la Escritura lo pudiésemos entender con facilidad, ni nuestra búsqueda sería

trabajosa, ni podríamos saborear la dulzura del encuentro de la Verdad” (*La verdadera religión* 17,33).

La consecuencia inmediata de estos principios es la humildad ante el Misterio insondable de Dios. Acerca de Él, nadie posee la Verdad plena y total, sino que todos hemos de avanzar hacia ella a partir de pequeñas y fragmentarias luces, que debemos compartir: “Porque tu Verdad (Señor) no es mía, ni de aquel, ni del de más allá, sino de todos nosotros, a cuya comunicación nos llama públicamente, advirtiéndonos que no queramos poseerla privada, para no vernos de ella privados” (*Confesiones* 12, 25,34).

Y Agustín es consecuente: “No quisiera que nadie aceptase lo que enseñe, para ser mi seguidor, a no ser en aquello que él mismo descubre que no estoy equivocado” (*El don de la perseverancia* 2, 21,57) Y “aunque aceptemos todas estas cosas con inquebrantable fe, sin embargo, puesto que aún no tenemos su comprensión, inquiramos como si todo fuera incierto” (*El libre albedrío* 2, 2).

LA INCOMODIDAD CULPABLE DE LA FE

Hay personas que juzgan incómodos los contenidos de la fe por una descuidada formación religiosa. Se han preocupado de amueblar la casa con los electrodomésticos modernos que hacen más fáciles las tareas domésticas, procuran estar bien informados y, sin embargo, viven despreocupados de su actualización religiosa.

Vivir con una fe que en vez de ser liberadora oprime y recorta libertades, es como vestir una prenda que no es de nuestra talla. Mientras el crecimiento físico obedece al funcionamiento de nuestra maquinaria biológica, el crecimiento cultural exige el estudio y lo mismo los contenidos de nuestra fe. Algo muy frecuente es encontrarnos con personas que han llegado a un grado de formación universitaria y, sin embargo, su formación religiosa quedó frenada en los años de colegio. El diálogo fe-cultura es difícil porque se manifiesta una evidente desigualdad entre el equipaje de conocimientos religiosos y el de conocimientos profanos. Se llega así a la conclusión de que entre fe y razón existe una distancia insalvable y que un pensador creyente es tan extraño como un trébol de cinco hojas.

Crear no significa cerrar los ojos y caminar entre tinieblas. La fe es camino hacia el conocimiento, y el conocimiento progresa de la mano de la fe. Toda hipótesis de trabajo presupone una intuición, una sospecha, una confianza. La ciencia exige un asentimiento racional para hacer pie en verdades –aunque sean provisionales– y poder avanzar. Cuando hablamos de fe religiosa, sin embargo, además del pensamiento entra en juego el amor. Las cosas son más humanas si las pasamos por la mente y por el corazón. Nada más equivocado, entonces, que equiparar la fe a una cierta pereza intelectual o a un modo de andar por la vida sin actitud crítica alguna.

LA FE SIMPLE Y CIEGA ES PELIGROSA

Abundan los creyentes que aceptaron y asumieron su fe basados simplemente en la autoridad de los que se la enseñaron, en la herencia, la

tradición o el ambiente. Es la fe simple y ciega de tantas personas sencillas, respetable sin duda, pero en todo caso peligrosa. Peligrosa para ellas mismas porque sus convicciones religiosas no tienen raíces y están siempre propensas a la turbación, cada vez que otras personas de distintas creencias religiosas, o no creyentes, o más ilustradas en la fe, le señalan las incoherencias o contradicciones, aparentes o reales, de su fe.

La fe no debidamente rumiada, estudiada e iluminada, es literal, superficial y malinterpreta fácilmente la Palabra Bíblica, el verdadero rostro de Dios, el lenguaje y los signos religiosos y hasta el sentido de la plegaria cristiana, otorgándoles ciertos rasgos mágicos que la falsean. Quien profesa este tipo de fe siempre estará a la defensiva contra todo aquel que someta a crisis su modo de creer, porque es lo único que tienen. San Agustín advierte, por ello, que quien confunde en los sacramentos el signo con la realidad significada no ha comprendido el sacramento: "El que utiliza un signo sin comprender lo que significa, se hace esclavo del signo" "Seguir materialmente la letra y tomar los signos por la realidad a que se refieren, denota debilidad servil" (*La doctrina cristiana* 3, 9, 13). Sólo "el que hace o venera algún signo comprendiendo su valor y significado, no adora lo que se ve y es transitorio, en lugar de aquello a que se han de referir los signos" (*Ibidem*).

La fe ciega también es peligrosa para los demás. La religiosidad mal entendida decepciona a los que buscan algo auténtico y coherente; desacredita el verdadero mensaje de Cristo y provoca en muchos el menosprecio, la indiferencia religiosa o el ateísmo. La convicción religiosa que hace a los creyentes verdaderos *testigos* no puede basarse en simple fanatismo, sino en la comprensión profunda y luminosa de su fe. Concluye Agustín: "Amonesta el Apóstol que hemos de estar preparados a contestar a todo el que nos pida razón de nuestra fe y de nuestra esperanza" al no creyente, y preparados para dar luz a quien nos pida razones para entender lo que cree (*Carta* 120, 1.4).

FE Y RAZÓN SEGÚN LOS ESTUDIOS HUMANÍSTICOS ACTUALES

San Agustín expuso su comprensión de la razón y la fe hace dieciséis siglos. Nos sorprende, sin embargo, que autores modernos, particularmente estudiosos de las Psicologías Humanísticas, hayan llegado, por caminos muy diversos, y al margen de los religiosos, a las mismas conclusiones de Agustín. Nos referimos, particularmente, a los pioneros del estudio profundo del hombre, en su ser integral, sin excluir su dimensión espiritual, en las que han sido llamadas "*Psicologías de la Trascendencia*". . Importantes vanguardistas de esta corriente son Erich Fromm (transición), Abraham Maslow, Daniel Goleman, Ken Wilber y otros. Los estudios de estos psicólogos han ido abocando a un encuentro y armonía *fe-razón*, desde una visión dinámica y evolutiva del sentimiento religioso en el individuo y en la historia humana. He aquí, sintetizadas, algunas de las conclusiones de Ken Wilber, en su obra *Un Dios Sociable*, Ed. Kairós, Barcelona, 1988, pp.100-103:

La creencia –o "*sistema codificado de creencias*"– es la forma más baja de compromiso religioso y, de hecho, a menudo parece operar sin ninguna conexión religiosa auténtica."*La persona de fe suele tener una serie de creencias, pero su compromiso religioso no aparece generado únicamente, o*

incluso de manera predominante, por las creencias... La persona de fe intuye, aunque de una manera preliminar y algo vaga, la existencia de Dios... y precisamente a causa de esa intuición, anhela una mayor proximidad a Dios, Un conocimiento de Dios y una unión con Él más completas”.

Las creencias se fundamentan en razones extrínsecas: la tradición; los antepasados lo creyeron así. La fe brota de la propia profundidad. La creencia, de ordinario, tiende a ser dogmática, alérgica a toda crítica; no duda. La fe, en cambio, incluye la duda, la inseguridad y, por ello, la búsqueda. De hecho, cuanto mayor es la intuición-fe, mayor es la duda. Por ello, necesita iluminación y la busca. Aquí cumple su papel la razón, aunque acabará por sentirse insuficiente y habrá de ser trascendida por la experiencia. Abraham Maslow habla de las "experiencias-cumbre", características de seres humanos superiores, aun fuera del contexto religioso (Maslow, A., *El Hombre Autorrealizado*, Ed. Kairós, Barcelona, 14ª edic., 2001).

He aquí, gráficamente, el proceso evolutivo, según Wilber, del ser humano que avanza hacia su plena madurez humana y religiosa:

Creencia	Razón	Experiencia-intuición
Fe latente	Fe-cuestionamiento	Fe-iluminación
SUBCONSCIENTE	AUTOCONSCIENTE	SUPRACONSCIENTE
Prepersonal	Personal	Transpersonal

Wilber explica ampliamente este gráfico que, a la luz de san Agustín, podemos entender sin dificultad. A la primera fase de este proceso pertenece la "fe-credulidad", en la que se entremezclan la fe con la religiosidad mágica, que pretende controlar los poderes y la acción de los seres sobrenaturales a través de ritos, sacrificios, amuletos, gestos, conjuros o palabras, cuya eficiencia depende de su ejecución material, sin comprometer para nada la interioridad. A esta "credulidad" se refiere Anthony de Mello al afirmar: "Cuando la realidad choca con una creencia rígidamente afirmada, la que sale perdiendo es la realidad" (*El canto del Pájaro*, Sal Terrae, 1982, p. 59).

Vimos ya cómo San Agustín cuida de distinguir bien entre fe y credulidad. La fe, pese a sus oscuridades, es seria y acorde siempre con nuestra racionalidad. La credulidad aparece como una fea caricatura de la fe.

EN SINTESIS

San Agustín nos ha llevado de la mano, tanto con su palabra como con la experiencia de su propia vida, por el itinerario que ha de conducirnos, por etapas, a la madurez de nuestra fe y con ella, también a nuestra madurez como seres humanos. Ni la fe sin la razón, ni la razón sin la fe nos humanizarán verdaderamente.

El conflicto *fe-razón* sólo tiene lugar cuando ambas se cierran en sí mismas y discurren por vías independientes. Pero ambas se armonizan

cuando nos movemos desde esa facultad superior –intuitivo-contemplativa–, que alcanza al misterio oculto que todo está revelando, más allá de toda verificación científica, y aun de la lógica racional. Dios y el misterio de nuestra propia existencia son siempre más de lo que podemos verificar y explicar. Y en este misterio que nos desborda, radica precisamente tanto la grandeza de Dios como nuestra propia grandeza. Dios es insondable y el ser humano inagotable.

Nuestra tarea es avanzar siempre, de oscuridad en oscuridad y de luz en luz, hacia la captación y la vivencia del misterio. Y para ello precisaremos de dos pies, o si preferimos de dos alas: fe y razón. También el pensamiento puede encaminar hacia la fe (*La predestinación de los santos* 2.5). Este el mensaje, indudablemente actual, de san Agustín.

PARA EL DIÁLOGO

- Entre los católicos actuales, ¿qué porcentaje podríamos aventurar de creyentes que viven su fe por convicción profunda (fe personal, estudiada y razonada) y el de los que la viven por herencia, costumbre o tradición?
- Comentar el siguiente texto: *“Puesto que la Iglesia es una comunidad de fe, y no de doctrina, no existe fundamento suficiente para que la diversidad de opiniones sobre las cuestiones doctrinales haga imposible la unidad en la fe y en el Espíritu. El talante dogmático es el culpable de la mayoría de las rupturas de la historia cristiana”* (GONZÁLEZ-CARVAJAL, L., *Esta es nuestra fe*, Ed. Sal Terrae, Santander 1984, p. 133).
- ¿Qué conclusiones prácticas tendríamos que sacar de la enseñanza y ejemplo de san Agustín?